

sas y ello se hace tanto más fácil cuanto mayor sea la dignidad del instrumento que utilice y mayor la fuerza humana y conjugante de los conceptos expresados. Fomentar las disciplinas literarias y animar a los trabajadores de la palabra, es actitud que han de asumir los pueblos cuando aspiran a obtener una clara fisonomía que los exhiba con rasgos diferenciales en la historia. A Esquilo, como premio por haber escrito la *Antígona*, confió Atenas el mando de una galera que la defendiese de los persas; Augusto compartió con Virgilio el lujo de su nave imperial, como recompensa anticipada por el poema que el poeta preparaba en honor de Roma eterna. Del esplendor de la Acrópolis quedan apenas restos venerables, de la magnificencia romana subsisten sólo ruinas majestuosas; en cambio, Esquilo y Virgilio perviven en la conciencia universal y gobiernan con inmutable magisterio los cuadros de la cultura, y por las ideas que Virgilio y Esquilo sustentaron. Atenas y Roma mantienen la integridad del imperio en vano soñada por Alejandro y por Augusto.

Y si miramos a nuestro mundo nacional, decid, señores, ¿qué valen aquellos que obligaron a Baralt a alejarse de la Patria, ante la gloria del poeta y del hablante que aún dicta reglas al decir noble? ¿El recuerdo de los destructores de Juan Vicente González no dura apenas como ásperas piedras donde cimentó la fama del hombre que creyeron aniquilar? ¿Quién nota el paso de los tímidos que por halagar a Guzmán Blanco huyeron la relación con Cecilio Acosta, cuyo gran crimen, a los ojos del autócrata, era la firmeza de sus virtudes? Corren los tiempos, desaparecen los imperios, se siman los hombres en el polvo y de la gloria que ofuscó en alguna época la mente de los pueblos, sólo perdura lo que lleva el sello de las grandes conquistas del espíritu. Sobre el vaivén de los tránsitos históricos y calladas las voces discordantes que intentaron en vano asumir la dirección de la cultura, se alzan, con perfil de permanencia, las ideas que expresaron un estado de superación o que indicaron un modo de vivir en concordancia con los ideales de humanidad que son norte y vela del esfuerzo cotidiano.

Más que premio, estímulo son estos actos avivadores del ánimo de trabajo intelectual y ellos los necesitan y los reclaman con voz imperativa los pueblos que persiguen la realización de formas democráticas de conducta. Justamente en el libro honrado con el galardón que ahora recibo, censuro con dureza el que se haya dicho que fué José Tomás Boves el primer jefe de la democracia venezolana. Bajo ese signo infeliz lo democrático ha venido representando entre nosotros la subversión de las jerarquías de la cultura, y al amparo de tal concepto, han alcanzado patente de legitimidad los asaltos de la ignorancia y del terror. Por el contrario, la democracia, según la define admirablemente Thomas Mann, es el ejercicio político del intelecto, tanto como decir que el hombre para la plenitud de su función social, requiere de previo la práctica de sus atributos espirituales. Lo demás es la carrera del engaño mutuo y la apoteosis irreflexiva de los sentimientos subalternos. Vivir la democracia es conceder al intelecto el derecho de gobernar y dirigir los negocios públicos y abrir, al mismo tiempo, toda manera de posibilidades para que los individuos adquieran, a través de las disciplinas del estudio, la capacidad de ciudadanía que les permita tornarse en sujetos directivos.

Vengan, pues, en horabuena estas genero-

sas iniciativas de los poderes públicos, que se empeñan en destacar la supremacía del trabajo intelectual; vengan ellas, desde la justa por llevar el alfabeto a los adultos que permanecen ayunos de las luces, hasta los torneos que fomentan las ciencias, las artes y las letras. Sin desmerecer los esfuerzos conducentes a elevar el nivel de lo económico y a poner a los ciudadanos en capacidad de recibir lo que necesitan en orden a la materialidad vital, el propósito de estimular los valores de la inteligencia, indica que la República quiere aventajar en la parte más noble de la actividad social; mas, al acrecentarla no debe seguir el viejo método suntuario que buscó los adornos de las letras y las artes para mero decoro de una ostentosa burguesía, sino conceder, en cambio, a la palabra como instrumento de "integridad del problema humano", la función de absolver las disyuntivas que intentan profundizar abismos en el suelo de la conciencia nacional.

Por ello, Señores, he creído que los muy distinguidos miembros del Jurado que concedió el premio, entre obras de notable precio, a mi libro sobre el Regente Heredia, más que por los escasos méritos literarios que pueden adornarle, fueron movidos por las palabras extrañas que en sus páginas reasumen vigencia responsable. Heredia, doblado de jurista y de filósofo, dejó un mensaje de permanentes dimensiones humanas: sobre el rescoldo del encono echó cenizas de piedad, contra las órdenes de venganza tuvo palabras de justicia, para evadir la guerra devastadora aconsejó la reflexión de la concordia. Anticipo en el horno de los odios de América de la misma voz del maestro de la no violencia que acaba de ser brutalmente asesinado por la intransigencia fanática de sus propios amigos. Heredia vió también cerca de sí el arma criminal que ha segado la clara y ejemplar existencia de Mahatma Gandhi. Ambos, como apóstoles sublimes de la causa de la humanidad, predicaron paz, justicia, concordia, voces llamadas a callar los pugnaces banderías que se niegan a comprender, allá como acá, que la Patria tiene un sentido religioso de fraternidad, que reclama ol-

vido para las ofensas y magnitud en la generosidad reparadora.

Hogar del caído y del poderoso, alero del miserable y del afortunado, sombra para los regocijados y los tristes, todos por igual nos hallamos en el deber ineludible de ofrecer a la Patria la aportación de nuestras fuerzas. Sea cual fuere el sitio que nos corresponda en el campo de la dialéctica colectiva, obligados somos a servirla, y de manera muy principal quienes tenemos la responsabilidad de las ideas; y en aras de su mejor destino, debemos hacer nuestro el voto del gran Cecilio Acosta, cuya imagen amable ha ocupado en estos días, memorativos de su nacimiento, la mente de la Patria: "Que las ciencias y las letras, decía el egregio polígrafo, se difundan tanto en nuestro país, que formen como una atmósfera social; que mis conciudadanos respiren por todas partes el aire de la civilización; y que sobrevenga por fin el reino de la paz, dicha y gloria a que está llamado, por índole y por suerte, un pueblo tan espiritual como Venezuela".

Señores:

Para terminar y rendidas las gracias más cabales al Jurado que me honró y al Gobierno que me galardona, dejad que de este pergamino que me recomienda con notoriedad pasajera ante mis compatriotas, haga idealmente un manojo de rosas blancas para colocarlo sobre la losa funeraria que ampara el sueño de mis padres. A ellos, Jesús Briceño Valero y María Irigorrry, debo lo que soy en el orden de la vida material y en el orden de la vida del espíritu, y sean para prez de su memoria los laureles que coseche, sin que tampoco falte el recuerdo que en mis horas de éxito feliz he tenido para mi amada tierra trujillana, generosa siempre en darme estímulo y presta a ofrecerme por boca de sus más autorizados personeros, la voz expresiva de su constante afecto maternal.

¡Señores!

Mario BRICEÑO-IRAGORRY.

Caracas, 3 de febrero de 1948.

La lección de "El Regente Heredia"

(En *El Universal*. Caracas, 6 de enero, 1948)

Entre los intelectuales venezolanos de nuestros días, Mario Briceño Irigorrry, sin duda, es uno de los que va ganando, con mayor seguridad, la atención y la devoción de sus lectores. No se trata de desmerecer la obra anterior de este noble trujillano, cuando por el contrario es magnífica expresión intelectual y acusa la voluntad firme de trabajo y la señera actividad de un espíritu llamado, en todo momento, por las voces superiores, por el reclamo levantado que es el único que conduce a las labores eminentes.

Lo que ocurre con Mario Briceño Irigorrry es que ha llegado a ese plano superior, a esa meta de poderosa comprensión que es la conquista suprema del intelectual y que en él nos encontramos con que también ha perfeccionado su legítimo instrumento, ha enriquecido y depurado su estilo, ha logrado aquel donoso dominio que sabe traducirse en sencillez cabal, en elegancia natural que se desprende de excesos y se hace carne con la idea lealmente lograda. De todo esto que los libros últimos de Mario Briceño Irigorrry, *La vida del Marqués de Casa León* y ahora el que nos llega, *El Regente Heredia o Piedad Heroica*, tengan un interés especial y nos hayan arrastrado, en

su lectura, con el vértigo de los años juveniles, especialmente éste que nos viene con el año y del que acabamos de rematar la página final.

Pero no sólo interés sino emoción honda nos ha dejado la lectura de *El Regente Heredia* y un reguero de temas para meditar de esos que abundan lo más profundo de sus raíces en carne viva de la historia y de la realidad de la patria. Hay en libros como el que comentamos una serena, una responsable preocupación por enseñar, que le dan una significación especial para pueblos como el de Venezuela, y ello sin que, por ningún respecto, se esté haciendo el sacrificio de la calidad, sea en lo intelectual o sea en lo literario. Lo que ocurre es que en las nuevas obras de Briceño Irigorrry lo que quizás mejor se realiza es el logro filosófico, buscado, desde el comienzo, como lo apuntamos en ocasión anterior, al través de la preferencia por el ensayo y por el tema que vuelca el mundo de las inquietudes interiores.

El Regente Heredia no es, pues, una simple narración interesante, concebida y realizada con esmero de documentación cuajada de galas literarias de buena ley. Una y otra cosa las encontramos en este volumen, pero lo cierto es que se penetra mucho más y que se atien-